LA VANGUARDIA.es

Versión para imprimir

JUAN GABRIEL TOKATLIAN - 31/05/2004

JORDI BARBA

¿Por qué iría España a Haití?

LA OPERACIÓN MILITAR en Haití parece responder a un acercamiento a Estados Unidos por parte de países que negaron su apoyo en la guerra de Iraq

LAS TROPAS QUE YA están allí y las que llegarán no pueden invocar la defensa de la democracia como su principal insignia de identificación

JUAN GABRIEL TOKATLIAN - 02:46 horas - 31/05/2004

Antes de que eventualmente España envíe tropas a Haití sería importante que el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero hiciera un balance de lo que aconteció y acontece en ese país.

Primero, es fundamental esclarecer que el 29 de febrero de este año el presidente Jean-Bertrand Aristide fue relevado a la fuerza. En términos políticos, se trató de un golpe de Estado. No hay duda de que el mandatario haitiano había abandonado las banderas progresistas y pluralistas que lo habían llevado al gobierno, ejercía el poder de modo cada vez más autoritario y la corrupción era la nota dominante de su gestión. También era evidente que entre las fuerzas opositoras había diversos sectores democráticos. Sin embargo, buena parte de sus oponentes eran grupos facinerosos vinculados al Fraph (Frente para el Avance y el Progreso de Haití), criatura política creada en los noventas por la CIA y a Guy Philippe, quien recibió entrenamiento militar en Ecuador por parte de las fuerzas especiales de Estados Unidos. Cabe subrayar, asimismo, que gobierno y oposición en Haití han estado atravesados por el negocio ilícito y transnacional de los narcóticos: las drogas estuvieron en el corazón de todo lo acontecido y son el eje de lo que puede desencadenar una profundización de la crisis en el futuro.

Durante las jornadas de caos de febrero del 2004, la oposición amenazó con un baño de sangre apenas arribara a la capital, Puerto Príncipe. Debilitado, Aristide aceptó una fórmula de cogobierno que fue rehusada por sus oponentes. Estados Unidos y Francia, que tienen posiciones distintas en Iraq, coincidieron en Haití: había que forzar la salida de Aristide. Así, el presidente fue literalmente secuestrado por funcionarios estadounidenses y llevado en avión a República Centroafricana. En aras de evitar una potencial tragedia humana, y por ende, proteger los derechos humanos de la población civil, se sacrificó la muy tenue democracia en el país, colocando ilegítimamente en el poder como presidente interino a Boniface Alexandre y como primer ministro al consultor de negocios Gerard Latortue (a quien algunos denominan el primer ministro... de Boca Ratón). Todo esto hace que en el golpe de Estado ocurrido en Haití

se entrecrucen varios principios y valores de la política internacional. Es un ejemplo con muchos claroscuros; las tropas que ya están allí (Estados Unidos, Francia, Canadá y Chile, por ejemplo) y las que llegarán (las del Mercosur) no pueden invocar la defensa de la democracia como su principal insignia de identificación.

Segundo, dada la naturaleza intrincada del caso haitiano, la voz de los países de la subregión debería tomarse seriamente en consideración. Durante los días críticos de febrero, las catorce naciones democráticas de Caricom (Comunidad del Caribe) señalaron que era indispensable hallar una solución institucional a la crisis en Haití. Hay que recordar que esta agrupación, creada hace 31 años, sólo acepta en su seno gobiernos electos democráticamente y que desde el comienzo de las acciones violentas en la isla propuso soluciones de consenso y en el marco de la ley. La preocupación genuina de los países del Caricom fue instrumentada por Washington y París para acelerar el empujón de Aristide. Ante el hecho consumado del golpe, los miembros del Caricom rechazaron reconocer al gobierno de Latortue y pidieron a las Naciones Unidas una investigación a fondo de lo acontecido. El secretario general de la ONU, Kofi Annan, condicionado por la presión cruzada y simultánea de Estados Unidos y Francia, no dio inicio a ninguna indagación. Así se llegó a la resolución 1542 del Consejo de Seguridad de la ONU, que, en el marco explícito del capítulo VII, determinó el envío de 6.700 soldados y 1.622 policías a Haití. Adicionalmente, en los dos últimos dos meses, Washington ha venido amenazando –en particular, por medio de la consejera de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice– a los países del Caricom para que abandonen la práctica de admitir en la organización sólo a gobiernos democráticos y la insistencia en la investigación por parte de la ONU.

Tercero, es sorprendente que todavía se piense que mediante el despliegue de cuerpos de seguridad se logrará la estabilidad política y el logro de la democracia en Haití. Ni siquiera se ha previsto que los países intervinientes creen un fondo de asistencia, o que por una década asuman la construcción socio-económica de los cimientos de un régimen democrático. Esta operación militar en Haití parece ser un operativo de compensación a Estados Unidos por parte de Francia, que preanunció su veto en el caso de Iraq; de Canadá, que no alcanza a redefinir su relación con Washington después de sus ambigüedades en el caso iraquí; de Chile, que desea restaurar una interlocución más fluida con la Casa Blanca después de haber resistido sus apremios antes del ataque a Bagdad, y de Brasil, que se mostró crítico con el lanzamiento de la guerra contra Saddam Hussein sin respaldo de la ONU. Ninguno de estos países –tan decididos a intervenir en Haití– ha comprometido un centavo en el apoyo material a la isla.

Cuarto, la misión de las tropas extranjeras en Haití no es clara. La resolución 1542 indica que, entre otros, el despliegue de tropas en Haití debe ocuparse de “los programas de desarme, desmovilización e integración de todos los grupos armados”. Ello implica desarticular los diversos sectores bien pertrechados –y en muchos casos ligados al narcotráfico– que operan en Haití. En realidad, el estacionamiento de fuerzas en la isla tiene más que ver con la posibilidad de aliviar la presencia de tropas de Estados Unidos –para su eventual destinación a Iraq o Afganistán– que con el ejercicio de una misión de paz en

estricto sentido. Quizás un motivo adicional sea el entrenamiento para futuras tareas semejantes en los propios países latinoamericanos ante el recrudecimiento de los problemas sociales, criminales y urbanos: Haití es un mejor campo de ensayo que las favelas de Río de Janeiro.

Por último, es importante comprender mejor el antecedente que genera esta resolución de la ONU. Imaginemos un escenario hipotético, pero no descabellado: en Bolivia se producen grandes manifestaciones de grupos heterogéneos de opositores que parecen preanunciar actos de horror a su llegada a La Paz y Estados Unidos, con el respaldo de algún país extrahemisférico, fuerza la salida del electo mandatario de turno para reemplazarlo por alguien cercano a Washington. Ni antes ni después de la caída del gobierno democrático en Bolivia los países de la subregión –en especial, los del Mercosur– avalan un golpe de Estado camuflado. Supongamos ahora que Estados Unidos y su aliado extrahemisférico llevan el asunto al Consejo de Seguridad de la ONU. Vayamos más allá, e imaginemos la aprobación de una resolución que, como en el caso de Haití, se llame de “estabilización en Bolivia”. Tres países de América del Norte, por ejemplo, México, Honduras y la República Dominicana –bien distantes del país objeto del envío de tropas– aceptan ser parte de un contingente internacional para estabilizar la nación andina. ¿Cuál sería la interpretación de lo ocurrido? ¿Qué impacto estratégico previsible tendría tal operación en el corazón de Sudamérica?

En breve, sería importante que el nuevo Gobierno de España analizara con más detenimiento lo que sucedió en Haití, qué ha ocurrido en los últimos tres meses y cuál podría ser el efecto y el sentido del envío de tropas españolas a La Española.

JUAN GABRIEL TOKATLIAN, DIRECTOR DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES INTERNACIONALES DE LA UNIVERSIDAD DE SAN ANDRÉS (ARGENTINA)

LA VANGUARDIA, el diario más vendido en Catalunya Control OJD-WWW
Copyright La Vanguardia Ediciones S.L. y Iniciativas Digital Media S.L. All Rights Reserved Aviso Legal